

La calle  
Diario de un espectador  
Las horas negras  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 4 de octubre de 2007

Anoche fue abierta en el Museo archivo de la fotografía, en la casa llamada de las Ajaracas, en la calle de Guatemala, atrás de la Catedral, una exposición fotográfica al mismo tiempo espléndida y terrible. Magnífica como obra artística, como captación no mecánica de una realidad que preferimos no ver, que eludimos. Y terrible porque muestra la miseria y la injusticia de que están llenas las cárceles, en este caso las que encierran a mujeres que vaya usted a saber si en realidad delinquieron. Asombra, sin embargo, que en el lodazal que es el sistema penitenciario mexicano florezcan el amor, la esperanza, la alegría.

La exposición, y el libro que recoge parte de su contenido se llaman Las horas negras, y son obra de Patricia Aridjis, una muy laureada y eficaz artista de la lente, escultora cuya materia prima es la luz. Durante siete años, casi la mitad de su carrera con la cámara, la fotógrafa nacida en Contepec, en el oriente de Michoacán, no lejos del refugio de la mariposas Monarca, visitó reclusorios y penales en busca de la presencia femenina. Y la aprisionó de modo magistral, como se aprecia en la muestra de 45 obras reunidas en el libro que fue presentado anoche y se produjo con el patrocinio del Consejo nacional para la cultura y las artes así como de la Universidad autónoma de la ciudad de México.

Dejemos que la propia artista, que lo es también de la pluma, nos hable de este trabajo y del inframundo al que se introdujo. Mañana completaremos su texto y recogeremos los testimonios escritos y orales de algunas de las personas que figuran en este lienzo de —nunca más exacta la metáfora—luces y sombras:

“La cárcel de mujeres es algo más que el lugar donde la sociedad esconde sus errores y repara sus culpas. La prisión encierra cientos de historias de abandono, maltrato, amores incondicionales, historias contadas repetidamente como una letanía dolorosa que no se puede olvidar.

Para entrar hay que recorrer un largo túnel que conduce a un mundo femenino sin colores vivos, sólo el beige y el azul marino de los uniformes. Un sello invisible sobre el antebrazo hace la diferencia entre los que van de visita por un rato y quienes se quedan a cumplir largas sentencias o simplemente nunca salen: ‘Llevo siete años, cuatro meses y dos semanas’. Cuentas exactas, interminables. Tiempo que transcurre lento. Horas negras.

Al cruzar la reja, los objetos adquieren otro valor, ya sea porque no están permitidos, como es el caso de tijeras y perfumes, o porque sin dinero resulta muy difícil adquirir productos básicos como jabón, desodorante o un rollo de papel de baño. Tampoco pueden introducir retratos ni cámaras fotográficas. Las únicas referencias de las transformaciones que la cárcel ha marcado en sus rostros son la memoria y los espejos.

Una tarjeta telefónica es oro molido, pues el teléfono se convierte en uno de los contados recursos para mantener contacto con el exterior. La visita familiar representa un hecho especial. Es aire fresco, libertad que viene de afuera, un abrazo envuelto para regalo. Aunque, como sentencia moral a sus actos, es común que las reclusas sean olvidadas por su pareja y a veces por los familiares más cercanos.

Con frecuencia, el amor se toma de la persona más próxima, de quien las entiende y está en la misma situación. Silvia y Claudia se conocieron y enamoraron en el reclusorio. Se han amado día y noche, de acuerdo con las circunstancias, pues la intimidad en el encierro es algo muy público. Silvia cumplió su sentencia al poco tiempo de establecer esta relación. No soportó estar sin la que ella considera el amor de su vida. Fue entonces cuando planeó simular un robo. Le pidió a un amigo que la acusara para poder reingresar a la cárcel y estar otra vez con su pareja”.